

intereses de los territorios dominados antes por los soberanos destronados (1).»

De todos modos continuó dominando en la opinión pública de Alemania la fe en la conservación de la paz general, y por consecuencia los liberales manifestaron cada día mayor deseo de aliviarse de las cargas militares, sobre todo después de la unión de Alemania.

Las dos exigencias de disminuir el efectivo del ejército y la completa unión de toda la Alemania se excluían mutuamente, porque la violación más aparente que real de la paz de Praga, según hubiera convenido a la Francia y al Austria interpretarla, hubiera provocado la guerra, conforme se vio después cuando se supo la conspiración secreta del gobierno francés con los gobiernos de Austria y de Italia.

Se ignora hasta dónde estuvo enterado entonces el conde de Bismarck de estos trabajos ocultos; pero consta que no le engañó la careta pacífica con que ocultó el ministerio Ollivier sus negociaciones secretas a todo el mundo; pues si se hubiera hecho la menor ilusión sobre esto, le habría desengañado la exigencia de desarme del conde Daru, para la cual sirvió de intermedio el gabinete inglés. Sobre esto el conde Benedetti dice muy poco en su libro, pero lo bastante para convencernos de que el ministerio francés buscaba ávidamente un asidero a propósito para hacer la guerra a la Prusia en las mejores condiciones posibles. A la sazón solo vio dos pretextos para conseguir su intención, consistente el uno en un ataque de la Prusia a la independencia política de los Estados alemanes del Sur, y el otro en una contestación brusca del gobierno prusiano a una proposición de desarme mutuo. Al primero le hizo renunciar el conde de Bismarck cuando dijo al embajador Benedetti que el rey estaba de acuerdo con él en que el paso del Mein y la admisión de Baden en la confederación del Norte, bastarían para provocar inmediatamente la guerra con Francia. A esto añadió que la Prusia tenía asegurado el auxilio de Rusia si se viera atacada por la Francia o el Austria, pero no si la Prusia fuese el agresor, empezando con un ataque contra la independencia de la Alemania del Sur. Esto lo comunicó Benedetti en 25 de febrero de 1870 a su ministro (2); y desde que conocemos esta comunicación nos explicamos la excitación con que Bismarck contestó el día antes en el parlamento al diputado Lasker, que pidió la inclusión de Baden en la confederación del Norte por medio de un convenio de protección que propuso en los términos siguientes: «El parlamento de la confederación del Norte agradece los esfuerzos nacionales incesantes del gobierno y pueblo del gran ducado de Baden; y reconociendo en estos esfuerzos la expresión de la identidad nacional, vé con satisfacción en ellos el deseo de entrar a la mayor brevedad en la confederación.» En el discurso con que Lasker apoyó su proposición en la sesión del 24 de febrero, dijo que debería admitirse al gran ducado de Baden en la confederación del Norte, conforme lo iba a solicitar dentro de poco, y que entonces cesaría la confederación de ser simplemente del Norte, o que se declarara por qué motivo la confederación era y continuaba siendo solamente del Norte, atendido que la frontera del Mein había sido siempre odiosa a los alemanes y si se admitió en 1866 fué solo como una situación provisional forzosa.

Lasker pidió precisamente lo que debía evitar la confederación del Norte si no quería dar a los enemigos en París y en Viena el pretexto que con tanto anhelo acechaban; y Bismarck tuvo que rechazar la proposición sin poder decir por

(1) Hahn: *Bismarck*, tomo I, pág. 817.

(2) *Mi misión en Prusia*, pág. 289.

qué lo hacía, para no dar a entender al gobierno francés que la confederación temía a la Francia y para no reconocer hasta cierto punto la interpretación que la Francia y el Austria querían dar a la paz de Praga. Bismarck salió con admirable habilidad política de esta situación comprometida, manifestando al mismo tiempo otra vez su principio de política nacional, a saber: que la unión definitiva de los alemanes del Norte debía efectuarse voluntariamente, sin amenaza ni presión. «Preferiría, dijo, esperar medio siglo a tener por compañeros forzados a bávaros y wurtembergueses.»

La proposición de Lasker y la defensa que hizo su autor y el diputado Miquel de ella, sin asegurarse primero de si convenía a Bismarck, fueron otra prueba de que la política internacional no es un terreno propio para la actividad de los parlamentos, porque pueden perjudicar con la mejor intención del mundo al gobierno a quien intentan auxiliar; y este fué el motivo por el cual Bismarck, en términos muy precisos, declaró que esta proposición le sorprendía y disgustaba en alto grado. Rechazó con razón semejante ingenuidad arbitraria en la política extranjera, invitando al parlamento a huir de esta tendencia, la cual atribuyó al deseo patriótico pero imprudente de activar las cosas, diciendo que a tales hombres impacientes no bastaban ni la fundación de grandes colectividades políticas ni grandes reformas ni legislaciones trascendentales. Señalando los resultados obtenidos, dijo: «¿No ejerce el jefe de la confederación del Norte cierto poder imperial en la Alemania del Sur, como no lo ejercieron hace cinco siglos los emperadores alemanes? Y si no, ¿qué emperador tuvo, desde el tiempo de los primeros Hohenstaufen, una jefatura suprema en la guerra? ¿Y cuándo hubo una unión segura y no disputada en el territorio alemán, teniendo todos el mismo amigo y el mismo enemigo en la guerra? ¿Cuándo existió una unión económica, a cuya cabeza hubiese estado el emperador alemán? El nombre no importa nada cuando el hecho existe.»

Pocos días después de este debate supo el conde Benedetti que Bismarck había rechazado en los términos más decisivos la proposición del gobierno francés relativa al desarme, comunicada segunda vez por el ministro inglés en Berlín, diciendo: «Habrá que modificar la organización militar para efectuar un desarme; pero esta organización es a la vez política y social, una especie de escuela para todas las clases de la población, en la cual se aprende la sumisión al rey y al país; una manera de infiltrar en la población el amor patrio; y por tanto es imposible tocar a esta organización militar sin lastimar a la vez la fuerza activa y la unidad de la nación, sin herir la convicción pública, que vé en el servicio militar obligatorio y en sus consecuencias naturales el fundamento y la mejor garantía de la seguridad y poderío de la Prusia. No puede, pues, admitirse semejante proposición.»

De esta manera quedó advertido indirectamente el emperador de los franceses que si quería un motivo para la guerra le bastaría proponer el desarme directa y oficialmente al gobierno prusiano. El desarme era inseparable del servicio universal obligatorio, que era cuestión de gobierno interior de la Prusia y de la confederación del Norte y hasta de toda la Alemania, que había adoptado el mismo sistema. Benedetti había advertido ya en su comunicación del 25 de febrero el peligro que llevaría consigo el tocar a esta cuestión interior, diciendo que un paso impremeditado bastaría para herir el sentimiento público, cuya sensibilidad estaba mantenida constantemente por los partidos; que en tal caso el gobierno prusiano podía pedir lo que quisiese, seguro de obtenerlo, y que hasta podía verse obligado, para conservar su crédito, a tomar una actitud que los franceses no pudiesen tolerar, lo que llevaría sin querer de la paz a la guerra por ambas partes.

El gobierno de Viena había también desaconsejado que se tocaran cuestiones de política nacional alemana. En una palabra, el emperador tuvo que renunciar a esta senda, y seguramente consideró después como una gran prueba de su ciencia política el haber encontrado un motivo para la guerra en el asunto de la provisión del trono de España. Bismarck, por su parte, dedujo de la segunda proposición del desarme que el nuevo ministerio francés del 2 de enero era partidario de la guerra, para la cual buscaba el motivo, y que la lucha sangrienta entre la Francia y la Alemania moderna era cuestión de meses y semanas más que de años.

Antes de llegar este momento completó el parlamento de la confederación del Norte una importante obra relativa a la formación del derecho nacional, estableciendo una ley sobre el derecho de propiedad de obras literarias, otra relativa al domicilio y sobre todo un nuevo código criminal, en el cual venció el optimismo humanitario de la nueva generación a las tradiciones de la antigua policía criminal. Tanto los juristas como el público profano tuvieron el nuevo código como un gran progreso, sobre todo en lo referente a los llamados delitos políticos; pero este optimismo humanitario fué vencido en dos de sus doctrinas favoritas, a saber: la abolición de la pena de muerte y la equivalencia de los atentados contra la vida de soberanos a los atentados contra la vida de otra persona cualquiera.

En ambas cuestiones defendió Bismarck personalmente con notables discursos el proyecto de ley, y la mayoría lo aprobó, no porque se hubiese dejado convencer por estos discursos ni por los motivos en ellos expuestos, sino porque Bismarck declaró terminantemente que de no aprobarse los dos puntos mencionados no llegaría a ser ley el código, y todo el trabajo se habría hecho en vano. Desde el punto de vista de Bismarck venían a ser ambas cuestiones una sola, que podía expresarse en estos términos: «¿Podría permitirse que en adelante algún asesino atentara alevosamente contra la vida del rey de Prusia sin que la mera tentativa le hiciera reo de muerte? En todo Estado monárquico y constitucional la constitución declara inviolable la persona del monarca. Esta inviolabilidad supone, pues, una protección excepcional, la cual forma el sutil límite entre el principio monárquico constitucional y el republicano. Esta es la impresión que me causó un orador (1) que dice ser partidario ardiente de nuestro desenvolvimiento nacional y de la Prusia, recomendando ayer a la monarquía que procurara para sí la misma popularidad que protegió contra todo atentado a nuestro querido y difunto colega Waldeck. Yo no veo dónde está el sentimiento monárquico cuando se cree que la monarquía debe buscar en su popularidad política la protección que le da el artículo 43 de la constitución de Prusia. Si el orador a que aludo, en prueba de la idea de que no se necesita ya una protección expresa contra el asesinato político, aduce el hecho de que al entierro de aquel colega nuestro asistieron 30,000 personas, contestaré: Si lo que Dios no quiera mi soberano fuese llamado de este mundo, le acompañarían al cementerio más de 30,000 fieles súbditos, y sin embargo esto no probaría que el rey encontrara, como el conde Everardo de Wurtemberg, protección para su persona en el regazo de cada campesino. Ya no estamos en los tiempos en que las princesas hilaban, ni en los del conde Everardo bastaba para salvarse que un asesino dijera: He asesinado, pero ha sido por motivos políticos y respetables. Oton de Wittelsbach, en cuyo favor podían alegarse muchas circunstancias atenuantes, fué declarado fuera de la ley y como tal pereció

(1) El diputado doctor Kuenzer, canónigo de Breslau y en su tiempo miembro del parlamento alemán.

a manos de aquel, que le encontró y mató en el camino público. El poeta a quien el orador llama representante de las ideas modernas podía poner en boca de Juan el Parricida enfrente de Guillermo Tell expresiones que eran todavía verdad en tiempo de Everardo y quizás todavía en tiempo de Schiller pero que hoy no lo son ya. El orador de ayer hubiera podido decir que aun hoy día se halla cada soberano de la confederación del Norte en igual situación que el conde Everardo, porque jamás he oído de atentado alguno a la vida de un soberano del Norte de Alemania, exceptuando únicamente al rey de Prusia, porque los atentados suelen realizarse justamente contra la vida de los más poderosos, lo cual quizás el porvenir demostrará todavía más.»



Eduardo Lasker (copia de una fotografía)

Esta fué una de aquellas predicciones que, fuera del que las pronuncia, nadie las cree hasta que se cumplen con estuipo general, como se cumplió ésta ocho años después, en que hubo dos atentados sucesivos contra la vida del monarca más noble, solo porque era el emperador Guillermo y porque muchos millones de hombres le profesaban un respeto rayano en adoración.

En su última sesión del 25 de mayo, el último parlamento ordinario de la confederación del Norte tomó una resolución cuyo mérito solo se apreció posteriormente, porque concedió dos y medio millones de talers para un ferro-carril que en toda su longitud no atraviesa ni un palmo de territorio alemán. Las razones de esta concesión fueron políticas y solo pudieron ser indicadas indirectamente en el parlamento. Tratábase de la línea que atraviesa el monte de San Gotardo, y Bismarck justificó esta subvención diciendo que convenía crear entre la Alemania y la Italia una comunicación que dependiera únicamente de la Suiza, Estado neutral situado entre aquellos países, y que no se encontrara en poder de ninguna gran potencia europea. «Las preferencias, dijo, que puede haber en favor del monte de San Gotardo sobre el Splügen ó vice-versa, están en mi opinión fuera de los intereses que tiene Alemania, y en especial la Alemania del Norte, en esta línea. Para nosotros el interés principal estriba en tener una comunicación directa con un país amigo, y según creemos amigo permanente.»



El soberano de este país amigo se hallaba á la sazón comprometido en la conspiración contra la Alemania que meditaban Francia y Austria; y tan conocida era en Berlín la intención que guiaba al rey Víctor Manuel, que en una instrucción dirigida por Bismarck al embajador de Prusia en Florencia, fechada el 30 de octubre de 1867, se encuentra este pasaje: «La consideración de que el rey Víctor Manuel y los políticos de su confianza se inclinarán fácilmente, aun contra la voluntad de los ministros, en favor de Francia, en caso de tenerse que decidir la política italiana entre la amistad de la Francia ó la de Alemania, se apreciará tan bien en Florencia como aquí.»

Bismarck al escribir esto acaso no supo tanto como hoy se sabe de las intrigas entre las cortes de París, Viena y Florencia; pero se vé por el citado pasaje que sabía con toda seguridad á qué lado se inclinaria el rey Víctor Manuel si estallaba la gran guerra, y á pesar de esto continuó trabajando en favor de la unión de los dos pueblos como cuando comenzó esta política en 1866. Ya en 1846 el conde de Cavour esperaba que los ferro-carriles darian lugar á una comunicación «entre la grave y profunda Alemania y la inteligente Italia.» Con la línea del San Gotardo facilitó Bismarck las garantías de la verdadera alianza.

Al día siguiente cerró el rey Guillermo el parlamento con un discurso en que expresó su justa satisfacción por las tareas llevadas á cabo, porque dejaba concluida la confederación alemana del Norte como potencia política y económica terrestre, marítima y mercantil, y solo le faltaba el bautismo de sangre de una gran guerra que fundiera en un solo pueblo los que componían la confederación del Norte y transformara ésta en imperio alemán.

Ninguno de los diputados que oyeron aquel discurso del rey sospechó cuán cercana estaba esta gran guerra, cuando el rey dijo en su discurso: «Si conquistamos para la nación alemana, con el auxilio de Dios, aquella posición en el mundo que corresponde á nuestra historia, fuerza é índole pacífica, no olvidará la Alemania la parte que tuvo este parlamento en la gran obra nacional.»

## CAPITULO II

### LA TENTATIVA DE AGRESION DE NAPOLEON Y SU MAL ÉXITO

Napoleon habia ocultado á sus ministros, con la única excepción del duque de Gramont, su intención de aprovechar el asunto español para hacer la guerra á la Prusia y Alemania; ni tampoco tuvieron noticia de tal intención las cortes amigas de Viena y Florencia, que quedaron tan sorprendidas como el resto del mundo cuando oyeron el toque de guerra del 6 de julio. De no haber procedido así, los gobiernos de Italia y Austria le hubieran disuadido de su empresa, lo cual quiso evitar. Despues, en 11 de julio de 1870, publicó el conde de Beust un largo despacho en el cual dirigió un enérgico sermón al gabinete imperial por la injustificable declaración del duque de Gramont, á lo cual contestó este último que el príncipe de Metternich, embajador de Austria en París, jamás le habia enseñado el tal despacho ni comunicado siquiera su contenido. Es posible que el despacho no hubiera sido destinado solo para un futuro libro encarnado, en que hubiera sido menester presentar una correspondencia diplomática. Para nosotros tiene interés la noticia de que el conde de Beust quiso pasar por persona que desaprobó la conducta de Napoleon al dirigirse en el asunto de España al gobierno de Prusia y no al español, dando así á conocer su intención premeditada de llegar á la guerra costase lo que costare. De las expresiones del conde de Beust en otro des-

pacho del 20 de julio de 1870 resulta que, si al principio se opuso á reconocer el caso de alianza de los dos emperadores previsto en la correspondencia de 1869, cesó en su oposición á consecuencia de comunicaciones que le dirigió su hombre de confianza el conde de Vitzthum, despues de haberse visto con el emperador y el duque de Gramont. Cuáles fueron estas comunicaciones no nos lo dicen ni siquiera lo indican ni Beust ni Gramont. Solo sabemos que el príncipe de Metternich entregó al duque de Gramont el despacho de Beust del 20 de julio y que desde entonces el ministro francés tuvo en su poder la confirmación escrita de que el emperador de Austria contribuiría en cuanto le fuera posible al buen éxito de las armas francesas, fiel á los compromisos contraídos en su correspondencia.

Una promesa análoga habia recibido Napoleon de parte del rey de Italia personalmente, pues que este soberano hacia política á espaldas de sus ministros, teniendo en París, además de su embajador, el caballero Nigra, á un confidente particular en la persona del conde de Vimercati, agregado militar de la embajada italiana. Este individuo fué el intermedio que, por encargo secreto del rey, siguió ya en el año de 1869 entre los tres monarcas interesados las negociaciones de alianza y la correspondencia; de suerte que solo tomaron parte en las negociaciones finales de las tres potencias las personas siguientes: de parte de Austria, el embajador Metternich, el enviado extraordinario, conde de Vitzthum, y el representante del Austria en Bruselas; y de parte de Italia en primer lugar el conde Vimercati y en segundo lugar el caballero Nigra, como embajador oficial. Sobre la marcha y el resultado de esta negociación final existen varias comunicaciones, que entre todas concuerdan perfectamente respecto de los puntos principales. La primera revelación se debe al conde de Chaudordy, cuando en 13 de noviembre de 1872 fué llamado por segunda vez á declarar ante la comisión de investigación (1). Siguió á éste el príncipe Napoleon en 1878 con un artículo publicado en la *Revista de Ambos Mundos*, que ya hemos utilizado en la primera parte y á cuyo artículo contestó el duque de Gramont en la *Revista de Francia* del 19 de abril. Darimon publicó luego un resumen de los resultados mas esenciales de estas comunicaciones francesas (2), y respecto de la política de Italia contienen datos importantes las memorias del ministro italiano Sella (3).

Por el duque de Gramont se sabe directamente cómo se arregló entre Napoleon y Víctor Manuel, antes de empezar la verdadera negociación, la delicada cuestión de Roma; á cuyo efecto escribió el emperador al rey que tenia que retirar su guarnición de Civitavecchia y que confiaba la suerte del papado al honor y lealtad del rey, es decir, que el emperador esperaba que el rey de Italia protegería al Papa como lo habian protegido los franceses, y que tendria por un deber de honor no poner la mano sobre el territorio pontificio. La desconfianza que encerraban estas frases excitó la susceptibilidad del gobierno italiano y Víctor Manuel expresó en su contestación del 21 de julio esta susceptibilidad. Se convino entonces en que no se hablaría mas de la correspondencia de ambos monarcas y que solo se referirían adelante al convenio de setiembre, en el cual el gobierno italiano se obligaba á respetar el territorio papal y protegerlo en caso necesario contra un ataque de fuera. Acordóse consignar este convenio en despachos oficiales que pudiesen ser presentados á los parlamentos respectivos, y para dar al acuerdo el carác-

(1) *Annales de l'Assemblée nationale*, tomo XXIV, París, 1874, páginas 694 á 701.

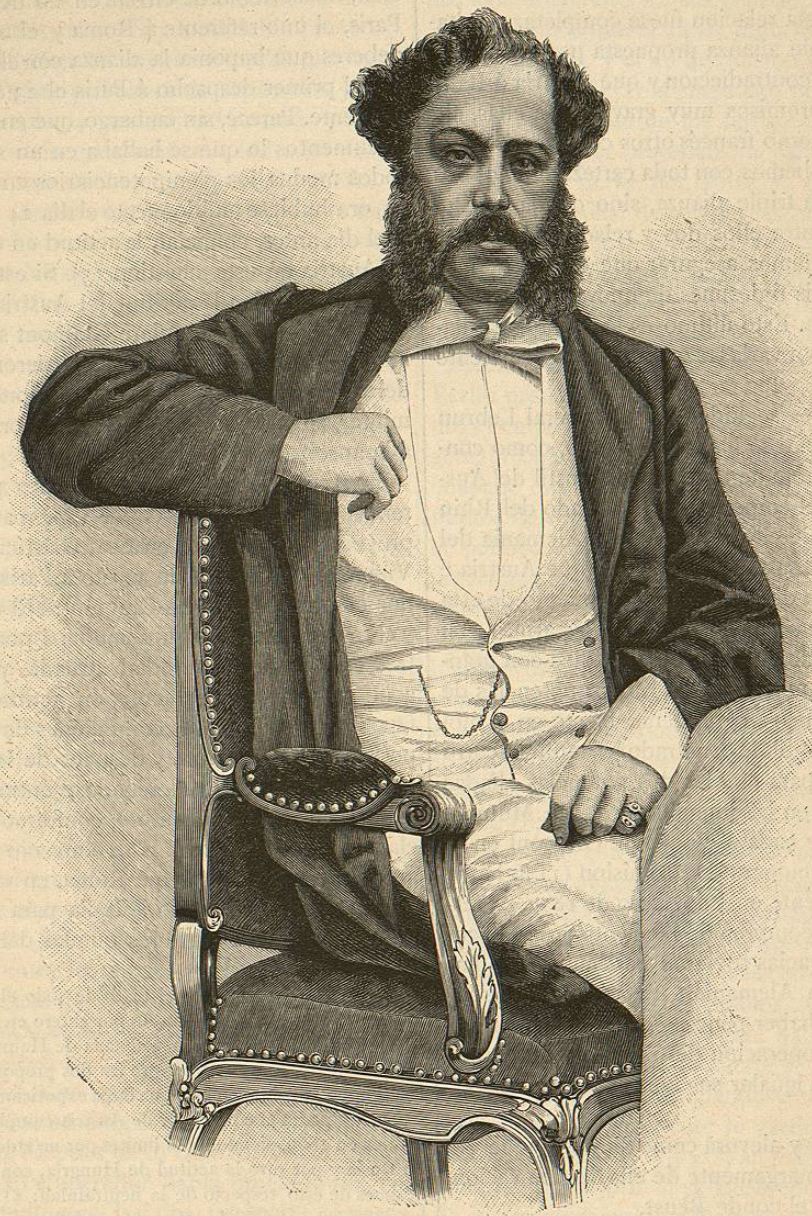
(2) *Notes pour servir à l'histoire de la guerre de 1870*, París, 1888.

(3) Giccioli: *Quintino Sella*, tomo I, Rovigo, 1887.

ter de completa sinceridad, se convino en que los dos gabinetes se comunicarian los borradores de estos despachos. Desde aquel momento el rey Víctor Manuel fué partidario entusiasta de la guerra. En su opinión, los franceses evacuarían á Roma; si despues llegaban á ser derrotados por los alemanes no volverían ya á ocuparla, y si quedaban victoriosos era prudente merecer su favor cooperando á su objeto en lugar de merecer su odio con la neutralidad.

En 24 de julio entregó el príncipe Metternich el despacho

del conde Beust del día 20, que al parecer acababa de llevar de Viena el conde de Vitzthum y de cuyo contenido conocemos ya, por el escrito de revelación de Gramont, dos proposiciones cuya importancia es decisiva. Aquel día tuvo efecto probablemente la reunión de los plenipotenciarios, en la cual se propuso por parte de Francia simplemente la conclusión definitiva de la triple alianza, que no se habia realizado todavía en el año de 1869. El proyecto de este convenio consistía en tres artículos y obligaba á los dos aliados á



El príncipe de Metternich (según fotografía)

mediar por lo pronto diplomáticamente, y si esta mediación no diera resultado, á entrar en campaña. Para esta intervención diplomática se discutieron dos proyectos. Según el primero, debia proponerse un congreso que tratase primero de la cuestión española pendiente entre Francia y Prusia, y luego de la falta de cumplimiento de la paz de Praga. A esto se objetó de parte del Austria y de Italia que la Prusia no admitiria ningun congreso sobre esta base, por cuya razon se abandonó este proyecto. Seguidamente propuso el embajador de Austria otro plan, al cual accedieron los otros. Este plan consistía en pedir á la Prusia que se obligara á mantener en Alemania el *statu quo* sobre la base de la paz de Praga. Con este objeto debían dirigirse al gobierno de Berlín

simultáneamente el Austria y la Italia, y en el caso muy probable de recibir una contestación negativa, debían declarar su alianza con Francia y ponerse en campaña. El rey de Italia se declaró dispuesto á poner con este objeto sobre las armas inmediatamente 60,000 hombres y algunas semanas despues 40,000 mas, es decir, en junto 100,000 hombres para empezar. El ejército de Austria debia estar preparado á principios de setiembre. Ambas potencias debían adoptar por lo pronto una actitud de neutralidad armada, dirigir entonces á la Prusia la ya mencionada intimación y empezar despues las hostilidades tan luego como tuvieran la respuesta negativa. El ejército italiano debia pasar la frontera de Austria, penetrar en la Baviera y marchar sobre Munich para